



EL MUSEO UNIVERSAL.

NUM. 17. PRECIO DE LA SUSCRICION.—Madrid: por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs.

MADRID 25 DE ABRIL DE 1869.

PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs.; un año 96 rs.—CUBA, PUERTO RICO Y EXTRANJERO, AÑO XIII un año 7 pesos.—AMÉRICA Y ASIA, 10 á 15 pesos.

REVISTA DE LA SEMANA.



rande, solemne ha sido en la noche del viernes pasado la celebracion del aniversario del dia en que un anciano y pobre español, alojado en lóbrego y misero albergue, dejaba esta cárcel del mundo, donde toda incomodidad tiene su asiento, y todo

triste ruido hace su habitacion, legando al mundo una mina de riquezas y alegrías en unos centenares de hojas cubiertas de humilde pergamino.

Tiempo ha que veníamos clamando porque la forma de solemnizacion de este aniversario se acercase en lo posible al espíritu que en él debe presidir, y vemos con gusto que nuestra voz ha tenido eco, y nuestras advertencias han sido escuchadas por los apasionados de nuestro gran ingenio. Si aun no se ha llegado al punto que deseábamos, estamos en camino por lo ménos, y de esperar es que cada año veamos dar un nuevo paso hácia su realizacion.

Lo que no podemos dejar de repetir es, que nos parece más propio solemnizar el dia del natalicio que no el del fallecimiento de Cervantes. La Academia escogió el templo per teatro de esta solemnidad y se acordó más del momento triste en que perdimos que no del fausto en que ganamos el tesoro de tan rara inteligen-

cia. En nuestra opinion, la juventud, ménos tétrica por naturaleza, debe seguir el opuesto rumbo, y no inspirarse en entusiasmo hácia el porvenir al través de imágenes de muerte.

Y ya que de muerte hablamos, aunque no mueren jamás los inmortales, consagremos algunas reflexiones á la partida de este valle del inmortal autor del Quijote. Murió Cervantes como los grandes genios morian en la época en que la inteligencia era para el hombre como la marca del forzado; en que se necesitaba del martirio para santificar las creaciones del espíritu; en que el alma parecia estar destinada á remontar su vuelo á costa de humillaciones y abatimiento de la vil materia su enemiga.

El espíritu de nuestro siglo ha rectificado antiguas convicciones respecto al paso de estos cuerpos luminosos al través de lo opaco de nuestra atmósfera, y tal vez mientras rie con el autor de la más excelente fábula que imaginó el ingenio; mientras consuela ó distrae sus penas con la filosófica y cristiana resignacion del que supo quejarse sin amargura, corregir sin encono, criticar sin hiel, y hacer asunto de sabroso entretenimiento la historia de un corazon desgarrado, tal vez exclama: ¡no mas Quijotes! ó lo que es lo mismo; no mas ingratitud para con los buenos, no mas olvido de merecimientos, no mas persecucion de inocentes, desprecio de virtudes, envidia del saber, ni cruzadas contra los hombres eminentes, que al fin y al cabo han de ser, andando el tiempo, la gloria de la patria y el azote y vergüenza de sus verdugos: ¡no mas Quijotes! ó lo que es lo mismo, no mas tragedias ficticias pintura de tragedias verdaderas, que basta que un grande hombre haya sido víctima y juguete de su siglo, y pinte su tormento con los más bellos colores para ejemplo de ingraticudes de los hombres.

Nosotros, los españoles, que en la tabla del nombre de Cervantes hemos podido navegar firmes y orgullosos mientras habíamos echado á fondo toda nuestra grandeza y consideracion ante los ojos de la Europa civilizada; nosotros que llegamos al triste término de ser llamados grandes, gracias á la sombra del veterano de las guerras de Italia que con su inmensa estatura nos cubria, no podemos ménos de consagrar este aunque breve espacio á la memoria de nuestro gran escritor, á quien quisieramos fuese desagravio la corriente de las ideas del siglo, tan solícito en honrar sus

grandes dotes, como lo fue el suyo en tenerlas en poco ó darlas al silencio del olvido.

Vengamos ahora á la política.

El gran caballero andante de los modernos tiempos, el jefe de una nacion que se precia de combatir por ideas, despues de haber corrido las cinco partes del mundo en busca de aventuras, con diversos motes en su escudo, quiere sentar ahora el pie en casa, y saca en la armadura esta nueva letra ó motto: «Energía en los asuntos propios, y pasiva espectacion en los ajenos.»

No hay pues que estrañar, que tanto haya aplaudido el discurso de Mr. de Lavalette, gran tópic de las conversaciones de los parisienses, de los periodistas y de los diplomáticos, por estar sembrado de pacíficas protestas y aseveraciones. Verdad es que este aplauso, que entre paréntesis, á nadie sorprendió mas que al orador mismo, fue efecto del momento, y cuando hubo espacio para la reflexion y vió el árbitro de la paz y de la guerra que el señor marqués habia tirado de la manta, hablado como cristiano viejo y acabado con el misterio y tinte ambiguo que caracterizaba la retórica imperial, dícese que ha dado al diablo tanta franqueza.

La carta del emperador que acrecienta las pensiones de los veteranos en memoria y obsequio al proscrito de Santa Elena, ha sido viva y opuestamente comentada por la prensa. Los fetichistas dicen que tributar este homenaje á la memoria de los grandes hombres, es reconocer una de las mas visibles manifestaciones de la voluntad divina. A lo que otros mas prácticos contestan: No, no son los hombres, por grandes que sean, los que constituyen la grandeza de las naciones. Una nacion libre y próspera es la que asegura la grandeza de los que han contribuido á su libertad y bienestar. Para un pueblo libre no hay seres excepcionales, ni misteriosos, ni legendarios, sino grandes ciudadanos y honrados hombres públicos como Washington. Con esa teoría de hombres llamados providenciales solo se crean dictaduras; con las dictaduras, tiranías, y con las tiranías se pierden las naciones.

Pero de casta le viene al galgo, lo de ser rabi-largo. La raza latina prefiere mas bien una gran masa de medianias, y en medio un ídolo extraordinario, semi-divino, y levar todo sobre los hombros de su entusiasmo;

y las gentes del Norte procuran que resida en la nación y no en la suerte ciega, ni en los destinos incomprensibles y nebulosos la virtud de engendrar grandes figuras. Cada loco con su tema.

Como quiera que sea, ello es lo cierto que el prestigio del primer Napoleón va decayendo, y hasta el pueblo va poniendo en olvido las canciones de Beranger sobre el héroe del *redingote gris*. El pobre pueblo tiene un Napoleón sin guerras ni victorias, y cuando en cambio esperaba libertad, porque algo debe dar el que aspira á fundar una dinastía, le encuentra siempre con oídos de mercader. Por de contado que en el cuerpo legislativo no ha tenido la acogida que el emperador se esperaba. Había allí noventa y nueve diputados, vencidos en el proyecto de aumento de pensiones á los maestros de escuela de la Francia, y no era ocasión oportuna, para venirse pidiendo gracias en favor de los restos del gran ejército. Señales son estas de que el elemento militar se halla en baja, y con fiadamente puede esperarse en que no habrá guerra, porque no le acomoda al huésped de las Tullerías en estos momentos, ocupado su ánimo en las futuras elecciones generales.

Tampoco, por más que digan, hay serios temores de que se agríe y envenene la cuestión entre norteamericanos é ingleses sobre el *Alabama* hasta el punto de llegar á las vías de hecho. El desprecio con que el Senado acaba de mirar los laboriosos esfuerzos de lord Stanley por llegar á una solución en el negocio, no altera la bilis de los isleños. Los Estados-Unidos representan el caso de un hombre de bien, á quien los chicos de un honrado vecino han dado un varapalo casualmente levantándole la epidermis. El vecino ofrece pagarle los gastos de hilas y ungüentos, y por añadidura una indemnización; pero el buen hombre es rico, está ofendido, y sobre todo, le duele la parte lastimada y no hay que hablarle de componenda metálica. No hay otro recurso sino esperar á que se cicatrice la herida y se le baje la cólera con el tiempo, ó como dicen algunos arbitristas del otro bando: esperen ustedes, señores yankees, á que tengamos nosotros una guerra, hagan otro *Alabama* y salgan por esos mares á tomar el desquite, y quedaremos en paz. No puede darse pensamiento más equitativo.

En el resto del mundo, á excepcion de los disturbios en Portugal, de que están al corriente nuestros lectores, y de los sucesos de Cuba, que harto preocupados tienen los ánimos de los españoles para que su reseña breve en este lugar pueda excitarles curiosidad alguna, no se ofrecen sino los consabidos *puntos negros*, especie de cometas opacos que ya se acercan al Mediodía y anuncian una guerra civil en España y un cataclismo en Francia, ó ya se inclinan al Oriente y amenazan una alteración en el mapa de Europa.

Por lo demás, España está comparativamente tranquila, á pesar de lo atareados que se muestran los diversos profesores del arte de curar males sociales, y de los infinitos bienhechores que por puro amor paternal quisieran echar sobre sus hombros el peso del manejo de nuestra casa é intereses. La Constitución va pasando por el tamiz de la polémica sus artículos, y todos, confiados en Dios, y con el fusil cargado, esperamos que el tiempo arregle varios negocios de solución embarazosa.

Allá veremos.

NICOLÁS DIAZ BENJUMEA.

Los profesores del Colegio Real de Medicina de Londres han completado la obra en que por espacio de largos años trabajaban, y cuya publicación, hecha recientemente, señala una nueva era en la clasificación y datos estadísticos de las enfermedades. Intitúlase: «Nomenclatura de las enfermedades,» y está hecha con la mira de establecer una definición clásica y autorizada, de todas las formas conocidas de dolencias corporales que requieren tratamiento quirúrgico. La comisión nombrada por el colegio en 1857, con las alteraciones y adiciones consiguientes en este largo período ha trabajado incesantemente y con el mayor esmero para llenar la inmensa cuanto dificultosa tarea que se le encomendara, valiéndose del concurso de los médicos y cirujanos más hábiles y famosos de Inglaterra y de otras naciones. De cada enfermedad se habla separadamente con el epígrafe ó nombre que le corresponde dado en latín, francés, alemán, italiano é inglés, agregando á la expresión en este último idioma las notas é ilustraciones que pueden contribuir á caracterizar mejor la enfermedad que se califica ó nombra. Esta obra es una muestra elocuentísima del espíritu de la corporación que la ideó y llevó á cabo con una laudable perseverancia, y ha de prestar grandes servicios á todos los que se dedican á la medicina, á quienes recomendamos su adquisición.

La ciudad de Lyon, ha invitado á concurso á los arquitectos de todas las naciones, para escoger el mejor plano que se presente de una escuela de Bellas Artes, con galería para exhibiciones.

AEREOSTATICA MILITAR.

Cuando Mr. Charles y los hermanos Montgolfier hicieron en 1783, los primeros ensayos de navegación aérea, hubo ya un entendido observador, que sugirió la idea de aplicar este invento á las operaciones de la guerra. Llamábase Meusnier, y su memoria, leída ante la Academia francesa en aquel mismo año, le valió la consideración especial de los socios y la comisión que el entonces ministro de la Guerra, barón de Breteuil, le dió de proseguir adelante en sus útiles investigaciones. Sin embargo, el primer experimento práctico se hizo diez años después en el sitio de Valenciennes, á instancias del coronel de ingenieros Tholozé, el cual despachó un pequeño globo con una pequeña cartera conteniendo una carta dirigida á la Asamblea nacional, indicando en el sobre que se daría una recompensa al que la encontrase y llevase á París, á su destino. El viento fue favorable al principio, pero luego cambió y vino á parar la carta á manos de los enemigos.

La atención que por entonces había despertado el mejoramiento y adelanto en los materiales bélicos, hasta el punto de haberse formado una comisión científica con este objeto, hizo que Guyton de Morveau presentase al debate la cuestión aerostática, la cual fue admitida á exámen con condición de que no se usase el azufre al manufacturar el gas hidrógeno, porque temían que estando incomunicados, por la guerra, con los puertos de Sicilia, de donde recibían dicho artículo, se perjudicase en mucho la fabricación de la pólvora.

Entonces se hizo la prueba de fabricar hidrógeno, según la indicación de Lavoisier, aplicando una columna de vapor á una superficie de hierro candente, con cuyo procedimiento y consejo que se tomó de Jourdan, entonces jefe del ejército del Norte, se establecieron los talleres y demás dependencias en el castillo de Meudon.

Se estableció asimismo un sistema de señales para dirigir los globos, elevarlos ó bajarlos, y otras, para comunicar las órdenes de los generales á los aeronautas en observación. Antes, las reseñas de estos las enviaban por medio de cuerdas. Después, se dispuso que llevasen pequeños sacos de arena, á los cuales ataban el papel con las observaciones que habían hecho.

Conclusos los preparativos, se practicó una prueba general de todas estas mejoras, elevándose el globo en donde iba el general Coutelle hasta 540 metros y descendiendo sin ningún accidente, aunque sólo diez hombres le tenían asegurado con cuerdas; y tan satisfactorio pareció este resultado que, por decreto de 2 de abril de 1794, se dispuso la formación inmediata de un cuerpo de *aerosteros*, cuya arma eran sables y pistolas, y fue agregado á la artillería y pagada la gente como artilleros.

Apenas formada la compañía fué á unirse al ejército, que el dicho Coutelle mandaba, quedando el ingeniero Conté al frente del establecimiento que desde entonces tomó el nombre de *Instituto aerostático*, y en el campo mismo de operaciones se construyeron las fraguas y demás aparatos para comenzar desde luego el servicio con arreglo á la teoría adoptada por el establecimiento de instrucción.

El primer globo beligerante tuvo por nombre *El Emprendedor*, y el mismo Coutelle, acompañado de un oficial de estado mayor, verificaba en él dos ó tres ascensiones diarias. Poco después recibió este jefe la orden de unirse á Jourdan que marchaba sobre Charleroi, y sus tropas se pusieron en marcha llevando el globo inflado sujeto con maromas por los aeronautas. En la batalla de Fleurus que ocurrió en seguida, el globo estuvo ocho horas en el aire, y como el viento que soplabla era fuerte, hubo necesidad de sujetarle con treinta carros que fueron atados á las cuerdas. Guyton-Morveau escribía el día siguiente á la Asamblea Nacional:

«Tuve la satisfacción de observar que los generales aprueban el empleo de esta máquina, hasta el punto de subir en ella. El general Morlot estuvo ayer dos horas mirando con telescopio. Envié dos órdenes que fueron llevadas al punto al general en jefe, y está persuadido de que éstas contribuyeron grandemente al éxito de nuestros movimientos.»

No todos los generales franceses estaban de humor de subir á tales observatorios. Se cuenta de Bernadotte que proponiéndole subir, dijo: «no, yo prefiero el camino de los asnos.»

Por entonces se formó otra compañía de aeronautas, ó mejor dicho, de *globeros*, y esta invención aplicada á la guerra llamó mucho la atención de las naciones aliadas, puesto que un general inglés que se hallaba sirviendo en el estado mayor austriaco, escribía á su jefe: «Parecía que los ojos de los generales franceses estaban do quiera en nuestro campo.» Este mismo globo, que no dejó de sufrir accidentes, sirvió en la batalla de Adenhoven, en la captura de Bonn, y en las operaciones de Ehrenbreitstein, en que los austriacos le asaltaron con fuego de cañón y fusilería; pero no le hicieron daño.

La segunda compañía de *globeros* fué enviada con *El Emprendedor* á unirse al ejército del Rhin, en

donde Coutelle hizo reconocimientos sobre Maguncia con tantos riesgos, que el mismo gobernador de la plaza le envió parlamento, suplicándole que no expusiese de aquella manera su vida; porque en efecto, le veían subir y bajar rápidamente á merced del viento, que á veces arrastraba grandes distancias á los que sostenían las cuerdas. Los oficiales austriacos tenían en gran estima á este jefe. Cuando con una bandera de paz atravesó el Rhin, cerca de Manheim fue rodeado por aquellos, que le abrumaban con preguntas y felicitaciones. Un ayudante que acompañaba á Coutelle, le advirtió que si las cuerdas se rompían, iría á caer en el campo enemigo. — «Señor ingeniero aéreo», respondió un oficial superior austriaco, nosotros sabemos apreciar el valor y el ingenio: estad seguro de que seréis recibido con todas las muestras de consideración.»

Las tropas que combatían con los franceses, al ver de repente un curioso observador sobre sus cabezas tomando notas con mucha tranquilidad, estaban persuadidas de que ninguno de sus movimientos podía ocultarse al adversario. No obstante esto, poco se habla de globos ni observaciones después de la época dicha; si bien al partir Bonaparte para Egipto en 1798, hizo que se formase una compañía de *globeros*; mas no se verificó ascensión alguna en esta campaña por haber caído todo el material en poder de marinos ingleses. Es mas, en 1802 se cerró el Instituto de Meudon á pesar de que se había decretado que la aerostática formase parte de la enseñanza en el cuerpo de ingenieros, y debe creerse que esto fuese resultado, ya de falta de arrojo y energía en los oficiales que sucedieron á Coutelle, ya de que se abandonó por los defectos que en el sistema se notaban. Pero si la práctica cesó, la teoría continuaba en actividad, y por aquel tiempo publicó Mr. Lomet una «Memoria sobre el empleo del sextante en las observaciones aéreas», y aun se dice que por este medio formó un plano de París.

Refiere el conde de Segur que un artifice alemán construyó en 1812 un globo monstruo por orden del emperador Alejandro, con el objeto de elevarse sobre el ejército francés, buscar á Napoleón y arrojarle encima una lluvia de proyectiles. Tenía cabida para cincuenta hombres; pero en la prueba que con él se hizo en Moscov, se rompió la máquina que había de guiarlo y se abandonó el proyecto.

Carnot organizó también un servicio de globos en Amberes, en 1814, y un oficial inglés, por aquel tiempo defendió asimismo la utilidad de globos-observatorios como medida defensiva contra la temida invasión; mas parece que sólo obtuvo por apoyo los chistes y las sátiras de los caricaturistas contemporáneos, los cuales venían, de atrás, tomándola con ahinco contra la manía de los globos que se había desarrollado en Francia y en Inglaterra de resultados de los ensayos de los Montgolfiers. El distinguido astrónomo Biot, refiere, en efecto, que en la época de su infancia había en un molino, cerca de Grenelle, un globo-observatorio, sujeto con cuerdas, como hoy día el famoso *Cautivo*, que tanto ha dado que hablar en París y que ver á los concurrentes al Hipódromo. Pues á este punto acudían los parisienses como acuden los hijos del Neva á sus montañas rusas; sólo que, como en todas las cosas sucede, acabó por enfriarse el entusiasmo una vez satisfecha la curiosidad.

Poco después tratóse de introducir una mejora en los efectos de los cohetes, como señales, uniéndolos á para-caídas, y el famoso Congreve hizo un experimento de estas señales, que producían el efecto de iluminar por cinco minutos un circuito de tierra del diámetro de un cuarto de milla, que fue el primer ensayo ó el embrión del invento usado hoy por los ingleses en su expedición á la Abisinia y de que tanto ha hablado la prensa periódica de Europa.

Casi olvidada en Francia la aerostática militar, tuvo la suerte de revivirla en 1820 el coronel Reveroni Saint-Cyr, y diez años después se construyó un globo bajo la inspección del aeronauta Margot, con destino á la expedición de Alger, del cual, sin embargo, no se hizo uso alguno.

Allá por los años de 1830, la Inglaterra volvió á acordarse de este auxiliar y se construyeron varios globos pequeños para algunas de las expediciones que salieron en busca de Franklin, recordando tal vez que dos años antes habían apelado á estos *microscópicos Montgolfiers* los insurrectos de Milan para repartir proclamas del gobierno provisional por toda la Lombardía, y que también el Austria, con el maligno intento de que le dió ejemplo la Rusia, había preparado en el cerco de Venecia en 1849, una bandada de 200 globos, cada uno con una bala explosiva de treinta, para que cuando fuese el viento favorable, pasase por la ciudad y prendiese la espoleta hecha con ese cálculo, haciendo caer sobre la reina del Adriático esa nueva lluvia de proyectiles.

Hasta aquí lo hecho en Europa. Pero tomaron mano en ello los gigantes del Norte-América y se vieron cosas estupendas en la aplicación que en su colosal guerra hicieron de la aerostática. Basta citar dos ejemplos: el del globo *Montaña*, que se elevó en Washington á la altura de milla y media y pasó reposadamente por encima del campo enemigo, que fue examinado con todo placer y comodidad, hasta que arrojando lastre,

en el país de las violetas, entre el mar Caspio y The-ran; mas aunque la historia es edificante porque demuestra, que los reyes se han casado algunas veces con pastoras, dando el cetro del poder á la modestia y la gracia, se ha hecho demasiado tarde para nar-rarla.

Concluiré, pues, diciendo que la sabiduría cristiana ha resumido también la antigua filosofía de la violeta en esta sentencia evangélica:

«El que se elevare será humillado;
el que se humillare será elevado.»

X. I.

TALLERES TIPOGRAFICOS

DEL CUERPO LEGISLATIVO FRANCÉS.

Uno de nuestros grabados representa la magnífica y espaciosa oficina tipográfica establecida por orden del presidente Mr. Schneider en las bóvedas que sostienen el piso bajo de la cámara de representantes de Francia, por la parte que da con la *rue de Bourgogne*. Gracias á esta oportunitísima disposición, los redactores de la reseña ó extracto de las sesiones, pueden hoy durante la sesión y sin perder tiempo, hacer llegar á los cajistas las hojas aun con la tinta fresca. Por medio de un aparato ingenioso de comunicacion casi instantánea entre los talleres y los salones superiores, el presidente y los oradores tienen la ventaja de verificar las pruebas y hacer las correcciones que tengan por conveniente, sin molestia ni demora alguna.

ALBUM POETICO.

DON QUIJOTE Y SANCHO PANZA.

Hay quien, con lenguaje franco,
«El manco» á Cervantes nombra;
su libro, que al orbe asombra,
prueba bien que no fue manco.
De aquel ingenio fecundo
aun saca el mundo su escote;
que sigue cruzando el mundo
Don Quijote.

Aun, si pasamos revista,
hallamos en senda igual
en pos del hombre ideal
al hombre materialista.
Para que escudero lleve
quien á aventuras se lanza,
señores, aun vive y bebe
Sancho Panza.

Ese que á fines inciertos
de un político sistema
corre, siempre con el tema
de desfacedor de entuertos;
soñando con seriedad
que ya, de su pluma al bote,
se cambia la sociedad...
Don Quijote.

Aquel que discurre un poco,
y que, sin ser nada lerdo,
se olvida al fin de que es cuerdo
por las promesas de un loco;
y que en política otorga
y niega con el que alcanza
que le ha de llenar la andorga...
Sancho Panza.

El que, entonando querellas
contra la negra fortuna,
odas dirige á la luna,
cantares á las estrellas;
y, con líricos escesos,
de apolo gran sacerdote,
se queda en los puros huesos...
Don Quijote.

Ese que al vate se asocia,
y al seguirle en su camino,
con un concepto divino
humanamente negocia;
y mientras, con su trabajo,
por la gloria el vate avanza,
él por comer á destajo...
Sancho Panza.

Galán que el mundo pasea
con el pensamiento armónico
de hallar de su amor platónico
la soñada Dulcinea;
y tiene tan hueca cholla,

que en su empresa lleva el mote
«Contigo, pan y cebolla...»
Don Quijote.

El que, tocando el registro
de hacerse gobernador,
sin amar, busca el amor
de la niña del ministro;
y de éste logra ser yerno,
sacando, al fin de la danza,
el suspirado gobierno...
Sancho Panza.

Quien por altos intereses
de una idea se aventura
y halla en su mala ventura,
gentes de frac por yangüeses,
que, haciéndole torpe guerra,
dan con la ley del garrote
con el idealista en tierra...
Don Quijote.

El que, á respetable trecho,
yendo en pos del noble hidalgo,
ve sólo en la empresa el algo
que promete á su provecho;
y, aun cobarde ante el escollo,
algun coscorron alcanza
por no perdonar el bollo...
Sancho Panza.

Como ayer, como hoy, mañana,
en el libro nunca viejo,
su fiel y brillante espejo
tendrá la flaqueza humana.
Siempre del genio profundo
sacará el mundo su escote;
Siempre cruzarán el mundo.
Sancho Panza y Don Quijote.

EDUARDO BUSTILLO.

La Academia de San Fernando ha expuesto al mi-nisterio de Fomento varios medios conducentes al des-arrollo y conservacion de los museos provinciales de Bellas Artes, proponiendo las bases para la formacion de catálogos de los mismos.

Los señores don Antonio Neil y don Julio Meil, an-tiguo horticultor el primero, y ex-director de los jar-dines públicos de Marsella, han publicado un intere-sante catálogo de los árboles, arbustos y plantas que cultivan en terreno situado en las afueras de Sevilla.

En Florencia se ha puesto en escena en el teatro Pergola, una ópera cómica de Mr. de Champs, con el título de *I Tutori e le Pupille*, que ha obtenido un gran éxito.

El profesor Tyndall, en un discurso pronunciado ante la sociedad filosófica de Cambridge, ha explicado una nueva teoría acerca de la cola de los cometas. En su sentir, la cola proviene del sol y su crecimien-to es demasiado rápido para admitir la hipótesis de que la produce el cometa mismo, como el fuego del cohete en su ascension. Cree este sabio que las colas son pro-ducto de la acción *actínica*, al modo que nubes simé-tricas son producidas por ciertos vapores en tubos, por la acción de la luz. El calor desvanece las nubes y la luz las produce, y como el calor es interceptado por el cuerpo del cometa, se engendra una cola por el depó-sito de vapores en el espacio en que tiene lugar esta interceptacion. Segun esta teoría, puede haber come-tas invisibles asi como visibles, y muchos fenómenos inesplicables pueden resultar de la combinacion de emanaciones *cométicas* invisibles con nuestra atmós-fera.

El Director General de los caminos de hierro de Lyon, ha ofrecido el premio de 1,000 francos, al au-tor del mejor ensayo acerca de los medios de combatir las enfermedades de los gusanos de seda.

La nueva ópera de Herr Wagner, *Rienzi*, represen-tada hace poco en el Teatro Lírico de París, ha tenido

un éxito poco favorable aunque comparativamente su-erior al que obtuvo en 1861 su *Tannhäuser*, en la Grande Opera. Han vuelto á renovarse las disputas entre los discipulos y los opuestos á las innovaciones de este revolucionario compositor; disputas que induda-blemente habrán de continuar con mayor efervescen-cia al ponerse en escena en este último coliseo la pro-metida producción que ha bautizado con el título de *Lohengrin*.

REVISTA DRAMATICA.

TEATRO DE LA ZARZUELA: «BARBA AZUL.»—TEATRO DEL CIRCO: «COMPAÑIA ITALIANA DE SALVINI.»—ESPAÑOL: «¡SI YO VOLVIERA Á NACER!»

No quisiera ocuparme de las exageraciones del gé-nero bufo, que tanto han contribuido á extraviar el ta-lento de ciertos autores, aun más que el gusto del in-teligente público español, que á pesar de todo, siempre ha sabido, sabe y sabrá apreciar el mérito de las verda-deras obras de arte.

El teatro de la Zarzuela, que en el género lírico-dramático, ha procurado por lo general, encerrarse en los límites á que le obligaban los buenos recuerdos de su pasada gloria, ha venido por fin á rendir tributo á la extravagancia francesa, importada por primera vez á España por el emprendedor y afortunado Arderius.

Preciso es confesar, sin embargo, que el señor Sa-las no ha llegado al extremo de lo estragante, y que puesto en el camino, ha revelado al menos su buen gusto musical, eligiendo por compañero de viaje á *Barba Azul*.

Barba Azul no llega al punto *culminante*, por de-cirlo así, al *desideratum*, al *bello real*, (porque *ideal* no puede llamarse) de los acérrimos defensores y aun adoradores del *can-can*, que es el remate y digno co-ronamiento de la perversion del gusto artístico, que ha saltado los Pirineos con toda la desnuda gracia de la famosísima Rigolboche.

En el disparate *Barba Azul*, el *can-can* queda sólo indicado, como si temiera pasar de indicaciones en un teatro levantado con el buen propósito de continuar la senda marcada en *Jugar con fuego* por el ilustre Ven-tura de la Vega.

¡Lástima grande que tan noble propósito no se haya realizado por falta de obras de mérito verdaderamente españolas que de seguro hubieran triunfado de la im-portacion francesa! ¡Lástima también que el genio mu-sical de Offenbach dedique sus notas, siempre oídas con delicia, á un género transitorio, por estremado en el punto de lo absurdo y estragante!

Confiemos en que el estómago español no ha de po-der soportar por mucho tiempo los manjares fuertes, *confeccionados* por los cocineros anti-literarios de la Francia.

Y ya que de la perversion del gusto hablo, debo de-cir que veo siempre junta la sátira contra el vicio, don-de quiera y como quiera que éste tienda á entronizarse; pero ha de ser la sátira conveniente, intachable en la forma y en el fondo, y que en el fondo como en la for-ma, descubra la competencia del juez y el acierto en la fórmula del fallo solemne. Digo esto á propósito de *La cancanomania*, sátira dramática con que el señor Gas-par ha tratado de condenar el furor *can-canero*, en estos tiempos tan desarrollados.

Creo que el señor Gaspar ha debido y podido redu-cirse á escribir un cuadro cómico chispeante, en que realmente apareciesen en ridiculo los vicios y extravíos del teatro, y el cuadro hubiera envuelto la lección, si el pintor hubiera sabido elegir los colores, sin necesi-dad de parlamentos que nada importan, ni de contras-tes como los de las escenas de *La Vida es sueño*; que ningun valor tiene allí, porque sabe bien el señor Gas-par, que donde se baila el *can-can* están demás las admirables obras de Calderon.

La cancanomania no ha debido tener pretensiones de protexta, y menos de protexta *personal*, porque el arte protestaria bien implícitamente en boca de cual-quier personaje del cuadro, y muy mal en boca de la misma doña Matilde Díez, que á pesar de su elevado y reconocido talento y de su gloria, legítimamente adqui-rida, es harto interesada parte en el asunto, para que pueda aparecer en él juez imparcial.

Creo, en fin, que el mejor juez en esta causa sería el público, que concluiría por rechazar el *can-can* con todo lo bufo, si se le ofrecieran frecuentemente obras de puro arte dramático que ha demostrado que sabe apreciar, aplaudir, y preferir en todos tiempos. Ya que no ha acertado á escribir una buena sátira, acierte con su buen talento el señor Gaspar á escribir obras mejo-res que *Don Ramon y el Señor Ramon*, y verá cómo, halagado con ellas el buen gusto del público español, concluye éste por no buscar solaz y esparcimiento, y hasta compensacion y desesperado consuelo en las es-travagancias francesas.

Tócame ahora decir algunas palabras acerca de la compañía italiana que, dirigida por el gran actor Sal-vini, inauguró sus tareas en el teatro del Circo en los últimos días de marzo. La compañía, en general, tiene

TIPOS ANDALUCES DE LA FERIA DE SEVILLA.



todas las condiciones de esos cuadros de actores, cuya única misión es corear sin marcada desentonación á un eminente artista.

Destácase sin embargo del cuadro, y colócase ya bastante cerca del famoso trágico italiano, la signora Virginia Marini, que desde su aparición en *Zaira*, mostró las grandes facultades y el talento con que sabe contribuir al buen éxito de las más difíciles escenas.

Salvini, el que brilló en los teatros de Italia al lado del gran actor Módena; el que venia precedido de una fama ruidosa, no ha desmentido los elogios con que por mucho tiempo fue anunciado en Madrid, y bien puede asegurarse, que es el primer actor extranjero que ha pisado las tablas de nuestros teatros. Lo mismo en la tragedia estrecha y friamente clásica de Voltaire, que en los arranques portentosos del primer génio dramático de Inglaterra; lo mismo en el *Orsman* de *Zaira*, que en el protagonista de *Otello*, Salvini es el admirable intérprete y fiel revelador de las grandes tempestades del alma.

Salvini, sin embargo, tiene en mi concepto más talento que corazón de artista, y en él suple muchas veces el estudio artístico de las pasiones, al verdadero sentimiento, á la espontánea posesión de los afectos en la escena.

Esto, unido á la distinta manera de ser de la declamación italiana que tanto se separa de la naturalidad con que Romea dió verdadero y propio carácter á la declamación española, hizo que, en la representación de *Sullivan*, la primera creación artística del gran actor, cuya muerte lloraremos siempre, Salvini, con todos los demás actores de su compañía, no pudiese borrar ni vencer el recuerdo del admirable cuadro que en esa obra presentaba nuestro gran Romea, con todos los actores que le acompañaron en la interpretación de esa comedia siempre interesante y bella.

Como no puede prescindir de las comparaciones el

público que, en *Sullivan* echó de menos á Romea, encontró á Salvini superior á Rossi, haciendo también justicia á Virginia Marini que, arrancó lágrimas, risas y nutridos aplausos con la gracia y el verdadero sentimiento con que supo interpretar el delicado papel de Lelia.

Salvini, en suma, está llamando justamente la atención del público madrileño, precisamente en el mismo teatro en que por tanto tiempo han privado los genios pedestres de las recreaciones *bufas*.

¡Si yo volviera á nacer! es el título de una lindísima comedia, ó mejor, de un precioso cuadro de costumbres, con que el señor Coupigny, el discreto autor de *La luna de hiel* y de *Mañana*, ha revelado una vez más su genio observador, su pincel hábil y su gusto literario, ni un punto corrompido por la corriente en que se han visto envueltos otros buenos ingenios con las exageraciones y extravagancias de la moda francesa, á cuyo patron no pueden ajustar el corte de sus obras escritores que, como el señor Coupigny, estimen su buen nombre y las tradiciones de nuestro verdadero teatro.

¡Si yo volviera á nacer! exclaman, en la obra recientemente representada en el teatro Español, un viudo que ha sufrido con el genio dominante y discolo de su difunta; un ministro que siente las punzadas de las espinas de la poltrona ministerial; una graciosa criada que llora la ingratitud de cierto mozo á quien favoreció con los favores de su amo el ministro, para ver burladas sus esperanzas de matrimonio.

Y el viudo vuelve, á pesar de sus pesares y protestas, á caer en las redes de una viuda que ha matado á disgustos á su primer marido, por su genio discolo y dominante; y el ex-ministro, vuelve, con los halagos que siente su amor propio, á aceptar la cartera, á trazar planes de hacienda y á conquistar los chicheos de la cámara, las sangrientas sátiras de la prensa, los insultos

de la multitud, las punzadas, en fin, del espinoso y alto asiento que se le había hecho aborrecible: y la criada vuelve á caer en el engaño primero con su compañero de servicio, que al fin la deja plantada por un olivar y un molino que le ofrece con su mano cierta Gregoria, antigua doncella de labor y al fin, propietaria en la Almunia por gracia de una herencia de un difunto padrino.

Esta es la comedia, que, sin grandes intrigas ni peripecias sorprendentes, entretiene constante y agradablemente al público con detalles y episodios llenos de verdad; con toques de ingenioso pintor de género, con caracteres hábilmente trazados y felizmente sostenidos, en que se ve retratada la humanidad entera que, por más que grite «¡si yo volviera á nacer!» siempre hallará, en sus repetidas caídas, en las flaquezas propias del carácter ó de la fatal inclinación, que pocas veces se evita el error con las lecciones de la experiencia, como dice el autor al final de su obra. Esta es un modelo de forma literaria y, como obra escénica, ha recibido realce de una ejecución esmerada, en que se distinguen el señor Catalina y doña Matilde Díez, actriz admirable que hace subir de mérito cuantas obras toca con su talento privilegiado.

E. BUSTILLO.

Madrid 19 de abril de 1869.

SOLUCION DEL GEROGIFICO DEL NÚMERO ANTERIOR.

Dolor de esposa muerta, llega hasta la puerta.

ABELARDO DE CARLOS, EDITOR.

ADMINISTRACION, CALLE DE BAIEN, NÚM. 4.—MADRID.
IMPRESA DE GASPAR Y ROIG.